

LA DERROTA DE NARCISO.

Una tarde cualquiera de verano se mezclan sus destinos.

Desde hace días, la tierra despide emanaciones acres, rudas; las praderas agonizan de sed y los rosales se desnudan lentamente de sus rosas. Sin tregua, el sol azota la ciudad y los campos, se trepa a los tejados, baja a las calles y abraza a los paseantes. Los obreros silban mientras trabajan en mangas de camisa; duermen impudicamente sobre el pasto los mendigos; y los señores graves se abanicán la frente con el ala del sombrero de paja.

Isabel salió aquél día como salía cada tarde, en vagabundeo ligero, curiosa de horizontes y de marañas perfumadas. Era morena, delicada y nerviosa; era deliciosamente bella y frágil. Desde que enviudara, dos años antes, vivía sin saberlo en un mundo imaginario y dentro de él se movía a su antojo, despreocupada y ausente, en eterna atmósfera de ensueño.

A cualquier hora, porque sí, sentía un llamado súbito de la naturaleza, un gran anhelo de espacios, y salía sin rumbo, dejando el bordado inconcluso y el libro abierto. Ninguna idea poblaba su cerebro durante esos paseos errabundos. Iba plácida y permanecía largos ratos estática cual una planta, sin angustias, sin recuerdos, tejiendo absurdos sueños en los que cada latido de la tierra, cada árbol, cada hoja, conspiraban con ella. Desde pequeña había tenido esa tendencia a vivir fuera de la realidad, en un plano imaginario. (Desde pequeña también ansiaba rendirse ante la fuerza superior del hombre.) Su matrimonio, ensayo mediocre en que todo pasó como si nada hubiera ocurrido, fué cortado brutalmente por la muerte de ^{Eduardo,} su marido, aquél joven delicado del pulmón que cayó a su vida sin saber bien de qué modo y que vivió a su lado obsesionado por las corrientes de aire y los frascos de remedio. Sus a-



PATRIMONIO UC

ños de casada transcurrieron sin ruido, blandos y leves como el algodón, junto al hombre cuya sienes se tornaban febriles hacia el atardecer, mientras una lijera tos rebelde sacudía sus ~~espaldas~~ ^{hombros} de niño.

Ahora, sola, viuda, la sensibilidad de Isabel, su fantasía, están a merced de un aroma, de un color, de un paisaje cualquiera. ¿Sola? Ciertamente que tiene a su alrededor hermanos, parientes, amigos, toda una multitud complaciente y más o menos ajena a su modo de ser... Pero falta el hombre que sepa descubrir en ella a la verdadera Isabel, a aquella que para huír de sí misma, para olvidar la vida, penetra cada tarde a un mundo feérico, inmensamente más vasto, más rico, que el mundo de realidades razonables y mezquinas en que está colocada.

PATRIMONIO UC

Raul tenía marcada aversión por el sol, por los grandes espacios. Y si llegó aquél día al parque en que conoció a Isabel, fué por azar, arrastrado por un amigo a quien no veía desde largo tiempo atrás. Vivía en la sombra. La naturaleza, la vida al aire libre, traían a su mente recuerdos demasiado punzantes de su infancia, oleadas vivas que lo situaban frente al niño artificial, enfermizamente sensible que fué, y que por nada del mundo querría hoy ver revivir dentro de su alma.

¡Ah, la modesta casa chata encajada en aquella larga calle de arrabal!
 ¡Las uvas sonrosadas del parrón, el ancho huerto! El huerto... Los crispantes recuerdos de Raul están prendidos a sus tapias cargados de manzanilla y jazmines, a los arbustos que crecían con humildad de esclavos junto a la exuberancia de un frondoso naranjo cuyas transformaciones extasiaban su mirada infantil. Cuando la primavera lo visitaba, el naranjo



PATRIMONIO UC

sobre la verde alfombra del pasto ? Chanchos que estiran el hocico, gansos petulantes y lerdos, gallinas que pasan esbeltas picoteando la tierra. Raul estira la mano regordeta, coge un pollito recién nacido y lo palpa con delicia. Su plumaje semeja a la espuma que hace el jabón ^{dentro del} ~~cuando se baña~~ y tiene la suavidad de esa carpeta de terciopelo amarillento que cubre la gran mesa de la sala.

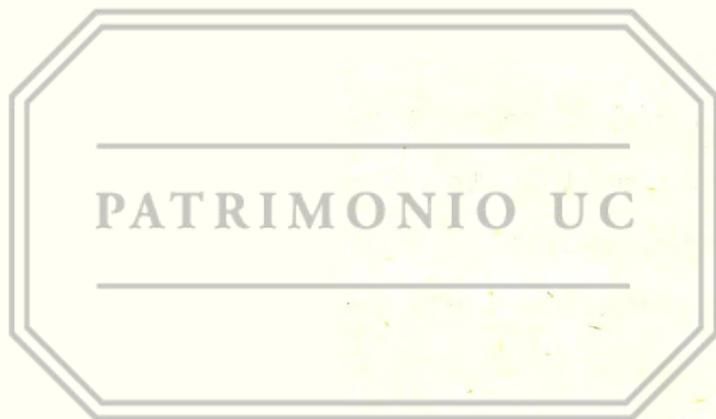
Además, toda clase de seres vivos, alados o rastreros, se agitan a su alrededor, ~~se surgen de los recovecos misteriosos de la mura-~~ ~~lla en ruinas que circunda la huerta. Su madre acude, a veces, los co-~~ ~~ge entre sus dedos para mostrarlos a Raul y les da nombres raros que,~~ ~~para no olvidar, él repite asombrado: cuncunas, hormigas, chinitas, la-~~ ~~gartijas...~~ Encuentra divertido y curioso que para preparar su caldo se mate cada día a uno de esos pájaros que se pavonean dentro del gallinero en torno al gallo altivo. ¿Curioso ? No. El sabe que ese universo le pertenece. ¿No sale todos los días el sol para alumbrar sus juegos y no llega más tarde la gran sombra envolvente para cubrir su sueño ?

Así crece, enfatuado y rebelde, adherido a las faldas de su madre o de Edelmira desde que aprende a andar y despues, conyemplando su carita redonda en el agua de la acequia, sin mezclarse a los niños de la calle ni a los juegos ruidosos del suburbio.

Es el rey de ese hogar de pequeña clase media, en que muy pronto, gracias al trabajo tesonero del padre, reina la holgura. ¡Ah, cuántos juguetes! Trenes con cuerda, caballos, soldaditos de plomo... A veces, sin embargo, ^{entier} siente un vago cansancio de su nido engalanado, un hormigueo de vida demasiado rica. No hay a su alrededor risas de niños, ni riñas, ni gritos. Nada se agita; todo es permanente y estático. Solo existen juguetes que él puede manejar y quebrar a su antojo. Con ellos todo es facil: no hay emulación, no hay lucha. El es su rey, sien

Su madre acude a veces, coge los que me gustan de esos seres raros que los da nombres y les pone un nombre raro, el repite asombrado.

PATRIMONIO UC



PATRIMONIO UC

X

sobre el diminuto paquete de carne blanda y roja que lanzaba gritos estridentes y que, desde la víspera, ocupaba su sitio entre los brazos maternales. Sin saber bien por qué, sintió al mirarlo un malestar indefinible, un repentino cansancio que le quebró brazos y piernas, un gusto de ceniza en los labios que, a la hora del almuerzo, le quitó el apetito.

Desde entonces, continuamente, volvía a su boca aquél gusto a ceniza, y un día en que, malhumorado, rechazó los manjares delicados que se preparaban para él, su madre lo enfrentó severamente y le dijo: -"Tu hermanita es mas buena que tú; toma sin chistar sus mamaderas, obedece siempre..." El tuvo al oírlo un estallido de cólera y arrojó al suelo una ~~competera~~ *plato de fruta porcelana* de cristal llena de frutas. (El cristal se rompió en mil pedazos y las manzanas de color, las jugosas naranjas, las cerezas ~~xxxxxx~~ encarnadas, corrieron como animalillos a través de la pieza.) Su padre sacó a Raul del comedor y lo encerró en el oscuro cuarto de los trastos viejos. Allí permaneció ¿cuánto tiempo? un siglo... dando alaridos y tratando de derribar la puerta a golpes y patadas. Puerta ~~res-~~ *sordá* ~~ll~~ *xxxxxx*, sin eco, que se agrandaba por momentos, que se oscurecía y tomaba proporciones monstruosas. Raul sintió un desfallecimiento y se acurrucó lacio y lloroso en un rincón. Cuando vinieron a buscarlo, en contraron al niño desmayado.

li

Fué la época en que empezó a sufrir de terrores nocturnos. En un extremo de su pieza, dentro de la implacable oscuridad, veía a una mujer vestida de negro que le hacía señas con mirada diabólica y sonrisa de sátiro. Raul escondía la cabeza bajo las sábanas ahogando un grito de pavor: "¡Mamá!" Pero su madre no lo oía ~~ya~~ *ya* él le era imposible como antes, como tantas veces, correr a su cuarto y refugiarse



PATRIMONIO UC

dentro del ancho lecho, porque ahora un ser extraño, otro niño, ocupaba su sitio. Entonces sentía que odiaba a la pequeña intrusa que llegaría una noche; sentía que odiaba a su madre que permitió que se le despojara a él de algo que le pertenecía por derecho. Las horas avanzaban, mientras, sin poder dormir, ^{Raul} se revolvió en la cama, nutriendo ^{en} ~~con~~ la mente afiebrada pensamientos de rencor y de miedo. Por fin, muy tarde, sin saber cómo, caía pesadamente en las cavernas misteriosas del sueño.

A la mañana siguiente se levantaba pálido, desganado, con una amalgama de sentimientos en el cerebro. A veces pasaba semanas enteras sin hablar, hosco, intratable. Otras, los accesos de ira se repetían casi a diario. Sus juguetes lo hastiaban y el huerto carecía ya de secretos que ofrecerle. Un día que su violencia llevólo a destrozar rabiosamente entre sus manos agresivas algunos cachivaches del salón, sus padres resolvieron internarlo en un colegio de moda.

¡Ah, qué escena! Un rencor del que aún no ha podido liberarse se levanta en el pecho de Raul al recuerdo de esos días. Revive el momento en que su madre lo sentó sobre sus rodillas:

- Vas a entrar a un gran colegio, hijito. Ma verás, hay muchos niños, muchos juegos. Te divertirás más que aquí, ^{tan} solo. Dormirás allá..

El se puso lívido.

- ¿Dormiré allá, solo ?

- Con otros niños. ¡Ya verás qué entretenido!

Raul detestó la sonrisa ansiosa de su madre. ¡Ah, lo comprendía todo! ¡Deseaban desprenderse de él, alejarlo, ahora que tenían otro niño! Su carne empezó a temblar entera; cada célula, cada miembro, cada trozo, tembló. Escurrióse de los brazos que lo oprimían y se echó al suelo, retorciéndose largo rato en un terrible acceso de histeria.

En los días que siguieron, tuvo protestas violentas, destruyó sus juguetes, arrojó piedras del huerto a los vidrios de las piezas



PATRIMONIO UC

Al fin, vencido, se encerró dentro de sí mismo, en un mutismo desesperado. Una sorda angustia invadía cual una ola su organismo debil. El poder absoluto que sus padres tenían sobre él le pareció injusto y monstruoso. Y de pronto empezó a sentir un cansancio de viejo, como si hubiera vivido ya una larga existencia.

Dormido, veía a menudo a su madre. Una noche soñó que estaba con ella en la playa, recostado en su tibio regazo. Miraba la ancha sonrisa cariñosa y sobre el rostro sentía el contacto de la mejilla cálida. Pero de pronto, sin saber cómo, ella, la madre, se le escapaba, entraba al mar y huía sobre las olas, lejos, lejos. Él gritaba desesperadamente llamándola, pero ella ni siquiera volvía la cabeza. Alcanzó a ver que subía en un velero. ¡Ah, qué linda e insolente vela blanca! El velero partía mar adentro, llevándosela. Con el pecho henchido de sollozos, él miró perderse el velero en el horizonte. Entonces se sintió arrastrado por una avalancha de agua turbia que imprevistamente surgió de otro lado. En sueños, Raul se agitó y luchó largo rato por librarse de la corriente, pero todo fué en vano. Iba dando manotadas y tumbos debajo del oscuro torrente. No podía respirar, sentía la aficxia, el ahogo, la muerte... ¡Ah...! Un grito atroz puso en alarma la casa. Su madre acudió en camisa y pies descalzos, secó con besos sus lágrimas y lo estrechó apasionadamente contra su corazón. Pero él mordió en brazo cobijante que lo enlazaba.

No. Raul prefiere no recordar todo aquello. Prefiere no recordar esa mañana luminosa en que, acompañado de sus padres, llegó por primera vez al colegio. Aún siente la impresión de que trás ese umbral se detuvo para siempre la luz del día. Y aún siente, en su carne y en su alma, las burlas, soportadas largo tiempo, de sus compañeros más fuertes, los despreciativos cuchicheos, las bromas ofensivas, a él, que siempre es derrotado en los combates, que llega último en las carreras



ca me quisiste, entonces ? ¿ Eran mentirosas tu demacración cuando yo estaba enfermo, tu expresión radiante cuando yo estaba alegre ? Cual una herida viva siente la humillación que le ha inferido su actitud. Entonces detesta esa imagen querida. Y desea humillarla a su vez, hacerla sufrir. Piensa que la mejor venganza sería que él muriera. Y an-sía furiosamente la muerte para que ella lo sobreviviera miserable y se-llada por el remordimiento de haberlo repudiado.

Los Domingos su madre viene a buscarlo y el hogar se engana-lana para recibirlo. Edelmira prepara una torta de mil hojas para el té. Pero él, Raul se muestra circunspecto. Esa casa a que lo amarran nos-talgias desesperadas, ese huerto, pierden de cerca su misterioso hechizo. Ya no lo atrae el agua de la acequia, ya no lo intriga el alborozo del gallinero ni el corral soñoliento de los chanchos.

En cambio se exaspera tratando de adivinar qué vida se ha-ce sin él en el ambiente familiar. Trata de comprobar hasta qué punto lo ha reemplazado su hermana y si el sitio vacío que él dejara está lle-no con la presencia de ella. ~~X Raul~~ le parece ridícula y odiosa esa muñeca moreno que no se quita los dedos de la boca y que lo mira de sos-layo con sus enormes ojos, sorprendidos y graves. Ella es la que ahora va pegada a las faldas de la madre. ";Tonta!" murmura ^{Raul} a media voz. ";Ton-ta! " La niña finje no oír, pero se estrecha más contra el cuerpo de la madre. Raul la detesta por ello. Y si permanecen solos un momento, arrebatada sus juguetes o la empuja disimuladamente hasta hacerla caer. Ante los despavoridos gritos de ella, Raul cobra de nuevo su actitud

Mus

